

Etnografía y reflexividad

Xerardo PEREIRO

Centro de Estudos Transdisciplinares para o Desenvolvimento
Universidade de Trás-os-Montes e Alto Douro (Portugal)
xperez@utad.pt

GUBER, Rosana. 2011. *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Esta publicación es un pequeño libro de 160 páginas elaborado por la antropóloga argentina Rosana Guber, profesora en la Universidad Nacional de San Martín. Este trabajo ha sido publicado recientemente y podemos afirmar que complementa otro libro de la misma autora publicado por primera vez en el año 1991, reeditado en el 2004 (Guber, 2004) en la forma de un clásico sobre el trabajo de campo antropológico desde una perspectiva reflexiva.

La publicación que nos atañe es una segunda versión, más actualizada y acabada de una primera publicada en el 2001 por la Editorial Norma de Colombia, en la que nos muestra “una forma de trabajo intelectual que no se regodea en artilugios retóricos ni en el último grito del autor francés de moda, sino que descansa en la propia experiencia...” (2011:12).

No esperen los lectores un libro de técnicas de investigación antropológica, pero sí que sus reflexiones inciden en ellas, más bien estamos ante un ejercicio denso y profundo de análisis de uno de los elementos de identificación de la antropología de hoy en día, pasados los vientos posmodernistas y asentadas sus improntas. El libro está estructurado en una introducción y siete capítulos. En la introducción presenta el ángulo de mirada de la autora, que ve la etnografía como un enfoque, un método con base en la experiencia del investigador y los investigados, y también como un texto. La etnografía se muestra así como un desafío a la pretendida universalidad de los grandes modelos sociológicos para dibujar la diversidad de la experiencia humana relacionando las teorías antropológicas con las teorías nativas.

En el primer capítulo la autora condensa una breve historia del trabajo de campo etnográfico partiendo de la división social del trabajo intelectual entre antropólogos y sociólogos, para luego analizar cómo se han ido construyendo las formas contemporáneas de hacer etnografía en la tensión entre proximidad y distancia. El capítulo concluye con una apelación a la reconceptualización de la práctica del trabajo de campo como fortaleza de la antropología.

El capítulo segundo comienza con una crítica al positivismo y al naturalismo por no cuestionar el acceso al terreno del investigador y su influencia sobre los investigados y los resultados de la investigación, para luego presentar los debates sobre la

articulación entre realidad sociocultural y su representación textual —teorías de la correspondencia, interpretativa y constitutiva—. Rosana Guber se posiciona desde la etnometodología y la reflexividad aplicada a la etnografía, entendiendo ésta como la consciencia del investigador sobre su persona y sus condicionamientos sociales y políticos. La autora diferencia entre tres tipos de reflexividades que me parecen destacables por entrar en escena durante el trabajo de campo antropológico: la del investigador en cuanto miembro de una sociedad o cultura, la del investigador como investigador, y la de la población que estudia. En su opinión la autoridad del antropólogo nace del “estar allí” —siguiendo el sentido geertziano— pero también del tránsito de la reflexividad del investigador a la reflexividad de los estudiados.

El tercer capítulo analiza la observación participante centrada en las tensiones entre observación y participación. Rosana Guber presenta la observación participante como el medio ideal para examinar teorías en contextos reales concretos y colocar en comunicación diferentes reflexividades (2011: 57), pero también para evaluar el significado de la conducta humana en los contextos cotidianos de la gente. En su opinión el esfuerzo por integrarse en la lógica nativa implica una mayor consideración por el/la antropólogo/a y también por la antropología diría yo. La observación participante es vista aquí no meramente como una técnica, un medio o un canal para producir conocimiento, sino como un proceso complejo de interacción con los agentes sociales.

El capítulo cuarto se dedica a la entrevista, que según la autora en antropología debe ser informal y no directiva, en articulación con la observación participante. Esta propuesta es justificada con base en su valor performativo y no puramente informativo. La entrevista es un encuentro de reflexividades para producir una nueva reflexividad, que con base en las experiencias de terreno —con aciertos y desaciertos— de la autora, nos orienta hacia cómo preguntar, algo que para muchos antropólogos es algo difícil o imposible de enseñar a nuestros aprendices de antropólogos/as.

El capítulo quinto aborda la cuestión del registro etnográfico de notas, imágenes y sonidos, que ella interpreta como la imagen del proceso de conocimiento antropológico. El tipo de registro influencia, junto con la personalidad del investigador y sus papeles sociales, las relaciones en el campo, algo que Rosana Guber propone reconocer en un ejercicio reflexivo. Ella intenta huir de la simple recolección empirista de datos para entender la etnografía como un proceso reflexivo que en su registro presenta problemas técnicos —grabar, escribir...— pero también éticos, cuya solución pasa por reconocer los hábitos nativos y negociar con ellos. Es en este capítulo donde el libro se presenta más como manual de orientación para la iniciación al trabajo de campo antropológico, presentando guiones de registro sin perder su lado reflexivo.

El capítulo sexto trata de la posición del investigador en el campo de acuerdo con sus variables sociales de identificación. Aquí la antropología es definida como mediadora entre sectores sociales y culturas siguiendo una utopía de solidaridad social y cultural, en palabras de la autora (2011: 116).

Finalmente el séptimo y último capítulo se aproxima a la etnografía como construcción textual para seducir audiencias siguiendo la perspectiva postmoderna. Pero la autora va más allá y señala la etnografía como algo más que una simple retórica, sino como un argumento —con base en datos e interpretaciones— sobre un grupo humano. La validez de la etnografía hay que situarla a dos niveles: i) uno externo, en la comparación con otras descripciones de la cultura y con otras etnografías de otros investigadores; ii) otro interno, en la comparación de la interpretación etnográfica con las evidencias presentadas en la narración etnográfica —modos de pensamiento y acción—, es decir comparando la reflexividad del antropólogo con la de los investigados. De acuerdo con Rosana Guber, no podemos reducir los debates sobre cómo el trabajo de campo antropológico condiciona la obra etnográfica a la presencia narrativa del autor. Ello exige una atención reflexiva a cómo los nativos leen lo que escribimos sobre ellos y a cómo cuestionan nuestras conclusiones.

En resumen, una obra reflexiva sobre los problemas de reflexividad del trabajo de campo antropológico, que sirve de manual introductorio, desde mi punto de vista, y que va en la línea de otros trabajos en lengua inglesa (Davies, 1999) y portuguesa (Peirano, 2006). La autora focaliza su atención en poner de manifiesto cómo la subjetividad del antropólogo/a no menoscaba el valor de la etnografía, sino que la valoriza y vigoriza por medio de la puesta en juego de la reflexividad antropológica y su diálogo con las reflexividades de los investigados. Es decir, y desde nuestra perspectiva, la reflexividad lo que hace es objetivar, problematizar y poner de manifiesto las fortalezas de las experiencias del trabajo de campo antropológico.

Referencias bibliográficas

DAVIES, Charlotte Aul

1999 *Reflexive Ethnography. A guide to researching selves and others*. London: Routledge.

GUBER, Rosana

2004 *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.

PEIRANO, Mariza

2006 *A teoria vivida e outros ensaios de antropologia*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.